

la República. . . . Y muchos se apresuraron á rendir pleito homenaje á la Majestad alboreante, arrojando honor é intereses á sus pies, como los hidalgos estudiantes salmantinos hacían alfombra de sus capas, á las beldades famosas de la famosa ciudad universitaria.

Aconteció, sin embargo, algo inesperado para los observadores superficiales. Con motivo de la franca actitud tomada por algunos órganos de la prensa de Reyes, que le postulaban sin ambages para la Presidencia,—sin duda de acuerdo con el ingenioso político,—dió á la estampa una carta en que protestaba sincera adhesión al Sr. Limantour, y hasta le señalaba á la Nación como el único que merecía la distinción á que él tan generosamente renunciaba. Los políticos todos quedaron perplejos ante abnegación semejante, que acusaba no escaso patriotismo, y por largo tiempo no volvió á tratarse del asunto de la sucesión á la Presidencia, creyéndose resuelto ya en favor del Lic. Limantour, no obstante que las publicaciones sostenidas por el Ministro de la Guerra continuaban propagando su candidatura.

Inútil parece añadir, que el Gral. Presidente, que ya para entonces tenía sin duda madurado el proyecto de aumentar á seis ú ocho años el período de la Presidencia, permaneciendo él en el poder, vió con olímpica indiferencia aquellas escaramuzas políticas, que es de creerse le divertían en extremo por lo insólitas y disparatadas. En otros términos, representaba en aquel entonces el papel bonachón del gato (¡pardon!), que permite se le trepen los ratones, mientras estólido ó sumergido aparece en profundas reflexiones gastronómicas. En los países regidos por tiranos, la política no puede atemperarse á términos medios; ó bien es microscópica y ridícula, como la de los romanos del Imperio silbando en el Circo á los malos funcionarios; ó bien sangrienta y terrible, como la que hizo rodar ensangrentadas las coronas de Calígula y de Galba.

Hallándose las cosas en este punto, principió á darse á la estampa un semanario intitulado "La Protesta," que desde luego llamó la atención, no tanto por especiales méritos

literarios, cuanto por la virulencia de sus ataques al Sr. Secretario de Hacienda. Parece que en el programa de ese libelo, entraba el negar abiertamente, siquiera fuese en contradicción con hechos universalmente reconocidos, no tan sólo las aptitudes financieras del Sr. Limantour, sino hasta su estatuto personal para la Presidencia de la República (VEASE EL APENDICE I). Sostenía "La Protesta," que el Sr. Limantour era ciudadano francés por nacimiento, y que por lo tanto, constitucionalmente, se hallaba inhabilitado para ejercer la Suprema Magistratura de la República.

Y al atacar de esta suerte la candidatura del Sr. Secretario de Hacienda, arteramente callaba el nombre de Reyes (quien entre bastidores dirigía aquella campaña); pero no se velaba suficientemente su personalidad, para que no pudiera verse, cuánto, á juicio de los pendolistas de autos, el militar de "las Campiñas de Querétaro," le excedía en talla política al afamado financiero de la "Conversión de la Deuda." Poco á poco, el estilo de la publicación que nos ocupa fué recrudeciéndose, hasta llegar á la injuria sin ropaje y á la calumnia cruel y apasionada.

Los amigos del Sr. Limantour—y entre ellos el primero D. Ramón Corral, á la sazón Gobernador del Distrito,—propusieron averiguar á qué obedecían tan inoportunos ataques, puesto que todavía no se hallaba en el terreno del debate periodístico, el escabroso asunto de la sucesión á la Presidencia. Cuanto hasta entonces se había dicho acerca de ésto (y que apuntado dejamos en otro lugar), carecía de importancia y no había pasado de las "guerrillas periodísticas:" de una mera discusión de probabilidades lejanas.

Pero "La Protesta" vino á formalizar el debate con sus ataques sangrientos, sembrando la indignación entre el inmenso círculo de los partidarios entusiastas y admiradores del gran financiero mejicano, con quien la República tiene contraída una deuda de gratitud inapreciable. E indudablemente hubiéranse originado de apasionados ataques defensas apasionadas y de allí una campaña política formidable, que no hubiera podido menos que enardecer los ánimos en todo el país ¡precisamente cuando el GRAN ELECTOR,

el Señor y Dueño de la Nación, maduraba el proyectillo indicado de reelegirse! si las agencias del Gobernador del Distrito hubiesen fracasado.

Felizmente, campaña tan ridícula dió finiquito merced á la habilidad del Gobernador del Distrito Sr. Corral, quien pronto logró no solamente descubrir las tendencias de "La Protesta," es á saber: su solo ahinco de molestar al Sr. Limantour, herirle cruelmente en su susceptibilidad de caballero hasta obligarle á renunciar la cartera y volver á la vida privada; sino que, además, obtuvo pruebas irrecusables de la complicidad en los ataques del Sr. Gral. Reyes y de su hijo Rodolfo. Además de éstos, figuraban entre los periodistas que redactaban el semanario, los Sres. Barrón, Ramos Pedrueza, López Portillo y Rojas, Rodríguez Miramón y otros de inferior significación política. En los originales que cayeron en manos del Gobernador del Distrito, pudo reconocerse la letra del Lic. Rodolfo Reyes, y en las correcciones que contenían, el tinte del lápiz de bolsillo del Secretario de la Guerra.

Con estas armas, que el Sr. Corral puso en manos del Ministro injuriado, presentóse éste al Sr. Presidente, significándole su propósito de separarse del Gabinete; puesto que no podía continuar siendo colega de quien, siquiera fuese solapadamente, le injuriaba de tal suerte y sin que óbice fueran para moderar sus ataques, el espíritu de compañerismo y el natural respeto á la alta gerarquía de sus funciones, por quien las desempeñaba semejantes. *El nec fascite aliter*, tenía aquí su aplicación rigurosa.

El Gral. Díaz, como era de presumirse, no pudo aceptar la renuncia de su Secretario de Hacienda, no pudo resolverse á ver separarse de su lado á aquel hombre probo, íntegro hasta el qui jotismo, de brillante inteligencia, de sobresalientes aptitudes en su Ramo de Finanzas, bondadoso, patriota y que con abnegación laudable había desatendido sus propios, cuantiosos intereses, para mejor servir los de la Patria. El Gral. Díaz, por mucho que apreciare al intranquilo Secretario de la Guerra, no podía por manera alguna, preferirle á su Secretario de Hacienda, á quien en gran

parte era debido que el crédito de la Nación se hubiese elevado durante los últimos años, hasta el punto de equipararse con el de los países más solventes del mundo. Entre los defectos que el narrador imparcial y atento puede encontrar en el actual Presidente de Méjico, no debe ennumerarse por cierto, el de que posponga los intereses de la Nación, ó de su tranquilidad personal, á las rencillas personales de sus favoritos; y de ello es prueba pertinente, el que el Gral. Reyes hubiese caído dos veces de las altas esferas del Gobierno Federal, al de los Estados. Sus choques con Berriozábal y Limantour, le ocasionaron dos caídas, de las que no pudo levantarse limpio. Quizás, debido á éstas, Nuevo León lamenta aún un "2 de Abril," página de vergüenza y de baldón, que ni los años ni ulteriores hechos borrarán de su Historia. "Hay sucesos que no se borran nunca, decía T. G. Grüber, de la memoria de los hombres, y son aquéllos que aunque pequeños en sí mismos, han herido profundamente los afectos, los sentimientos íntimos de una agrupación social; en este caso, no se atormentan los hombres, sino sus afectos, sus ideales; y estos últimos, no mueren sino con las últimas tradiciones de los pueblos."

Pero no pararon allí los desaciertos, de quien sólo parece haber nacido para prodigarlos durante el ya largo curso de su carrera político-militar; tan exahusta de incidentes heroicos personales, como profusa en episodios dramáticos de los que se preparan y ejecutan por delegación á instrumentos ciegos de nuestras pasiones.

Como consecuencia de lo narrado, se le indicó al Sr. Gral. Reyes que renunciara á la Cartera de Guerra, por convenir así á los intereses de la Nación. Fácil es concebir las tempestades que ante tal anuncio se desatarían en el alma apasionada y vanidosa del Ministro. Reyes carecía de la templanza de espíritu, de la ecuanimidad del "*Arbiter Elegantiarum*" de la Roma de Nerón, para escuchar el "*conviene que mueras*" con la sonrisa en los labios y el desprecio en el corazón. Hombres como Reyes, no conocen el *desprecio*,—cualidad alta y noble,—por eso, meses después y en la vía pública, abofeteaba sin piedad á un infeliz ebrio, que,

excitado por el alcohol, osó gritarle expansivamente en el rostro: *muera Reyes*.

Al ordenársele, como dicho queda, que presentara su renuncia á la mayor brevedad posible, sintió todo el peso de la derrota, la muerte próxima de sus agonizantes ilusiones de grandeza, y, en su impotente desesperación, produjo la Nota en que se consignaba su renuncia, redactada en tales términos, que no precisaba un "anatómico del espíritu," un psicólogo á la Bourget ó Caró, para descubrir la herida manante en aquel corazón rebelde dejado á descubierto. Acritud, decepción, ira, despecho, impotencia desesperante, pueden leerse entre renglones en esa *Nota*, en que el Gral. Reyes nos da una muestra de ser todavía más débil, más neurótico de lo que fuera de creerse, dado el repuesto de sus mal empleadas energías: ignora el ex-Ministro, el arte indispensable en el *Circo Político*, de caer sin estruendo, y disimular con artificio y falsas apariencias la rudeza del golpe.

No se concretó, en la *Nota* referida, á hacer la dimisión de la Cartera de Guerra, como se le había indicado, sino que echándose á flote sobre su despecho, y llevado por éste, hizo extensiva la renuncia hasta del grado militar que ocupaba en el Ejército y todo ello en un frasismo ridículamente generoso, pues que daba á comprender que su separación del Gabinete era motivada "por un impulso de patriotismo y longanimidad," que tan bien le sientan á Reyes como las consabidas bragas á las Venus de Milo; es á saber, por su resolución suprema, de evitar á la Nación el conflicto que podría originarse de sus desavenencias con el Sr. Secretario de Hacienda. (*Vease, Apéndice II.*)

El ilustre diplomático Lic. Ignacio Mariscal, hombre recto, serio, de la antigua escuela de los Juárez y Romero, nada afecto por lo mismo á "impulsivismos," proporcionó una lección más al saliente Ministro, de buenas formas diplomáticas. Le significó que lo relativo á la dimisión de la Cartera de Guerra, era pertinente en la Nota dirigida á la Secretaría de Relaciones; pero que no acontecía otro tanto con su renuncia del grado militar, pues que éste era asunto que pertenecía á la Secretaría de la Guerra.

La historia de este ambicioso, como la de cien otros, había sido resumida por Plutarco, hace más de 2,000 años, en estas cuantas líneas de la "Vida de Pompeyo" (§ xx): "A pesar de la estimación en que se le tenía y las altas esperanzas que había hecho concebir á la Nación, los romanos no dejaban de temer que, elevándose por la fuerza al poder supremo, sucediese á la tiranía de Sila."



MEJICO
PACIFICADO



LIC. FRANCISCO E. REYES.
Candidato Demócrata al Gobierno de Nuevo León, en la lucha elec-
toral del año de 1903.